

dez Franco; los haitianos Pierre Moraviah Morpeau, Jacques Roumain, Oswald Durand y Louis Borno; los venezolanos Manuel F. Rugeles, Eloy Blanco y Rodríguez Cárdenas; los ecuatorianos Abel Romeo Castillo, Carrera Andrade y Adalberto Ortiz; los uruguayos Ildefonso Pereda Valdés y Gastón Figueira; los argentinos José Hernández, Luis Cané, Blomberg... Y Puerto Rico, Colombia, Jamaica y la Guayana francesa.

Dos palabras acerca del antologista: Emilio Ballagas, conocido sobre todo por sus poemas negros —que lo ubican junto a Guillén, pese a todos sus rasgos diferenciales— es igualmente auténtico en sus otros poemas, de un subjetivismo denso y sutil, tales como *Júbilo y fuga* (en cuyo prólogo afirma Marinello que fué Juan Ramón Jiménez quien trajo los ángeles a la poesía contemporánea), *Elegía sin nombre*, *Sabor eterno*, *Nocturno y elegía*, *Nuestra Señora del Mar*, obras —casi todas— de edición limitada, *hors commerce*, editadas con exquisita pulcritud. Es asimismo un ensayista de depurada cultura, como lo demuestran sus páginas acerca de los movimientos literarios de vanguardia, de Tagore, del goguismo.

\* \* \*

JOSÉ MIGUEL FERRER, *La sombra nace en el cielo*.—Caracas, Ediciones "Nuestro Mapa", 1945. 32 pp.

El poeta que en 1939 se inició con su poemario *Cuarta dimensión* y que logró tan significativos elogios por sus *Cantos para fareros y navegantes*, nos da ahora estas estrofas que él mismo denomina de "testamento de guerra para labriegos y soldados".

¿Poesía de lucha? ¡Sí! El remanso suntuoso y necesario que es el lirismo preciosista de nuestros días (y que se expresa, sobre todo, en el soneto), ese remanso no puede significar un pantano definitivo. El agua viva y torrencial debe continuar su viaje. La poesía ardorosa y combativa que tan anchurosamente se expandió en los días de fuego de la revolución española, esa poesía plural y fermental, no puede detenerse, en nuestros días inciertos y heroicos. Ella debe ser eso mismo que este poeta venezolano refleja en su canto: "la eterna flor ardiente y navegante que del cielo nos llama, redentora del hombre; la estrella, rosa nutrida por el bóreas, coral que alumbra el mundo con sangre arborescente; gramínea teñida con sangre de soldados, desplegando en las estepas sus banderas perdidas". Porque —como tan hondamente lo afirma José Miguel Fe-

rrer— “el hombre, bajo el fúete del anticristo es una fruta que da semillas para los libres pájaros, mientras pasa la ráfaga maldita que apaga surtidores y devora arcoiris e infantiles canciones y sueños que son hélices llevando al cielo un lirio”.

Para decir su verdad poética y humana, Ferrer no recurre a ningún énfasis. Su palabra está libre de todo tono discursivo, mortal para la auténtica poesía. Su canto, de majestuosos alejandrinos sin rima, posee la gravedad, el ímpetu, la torrencialidad necesarios a su propio momento creativo, a su propia búsqueda. No faltan, entre esa gravedad, entre ese ímpetu y entre esa torrencialidad, pausas de fina ternura. Este “testamento de guerra para labriegos y soldados” es, asimismo —y el poeta lo reconoce—, “testamento de profeta a los niños nacidos en la hora del cañón, y con ellos verá un día el cielo, país de los arcángeles que dejan en la tierra su condena sin gloria”.

Una poesía de esta naturaleza orillaría las zonas del panfleto si no estuviera desbrozada de todo prosaísmo y si no se internara en aquel mundo en que la emoción y la imaginación dicen su música esencial. La poesía de este libro es, en definitiva, agónica, recordando —al usar ese epíteto— la advertencia de Unamuno: “agónico, es decir, que lucha, que lucha contra la vida y contra la muerte”.

\* \* \*

LEDO IVO, *As imaginações*.—Rio de Janeiro. Edit. Pongetti, 1944. 112 pp.

Con éste su primer libro, Ledo Ivo se incorpora —en plena juventud— al grupo de los poetas brasileños de verdadera jerarquía, de significativo valor. La mejor manera de dar la tónica de su lirismo experimental es, sin duda, traducir una de sus páginas. He aquí, por ejemplo, su “Cantiga”:

Fué mi amiga quien gritó en la sombra  
el día en que nací.  
Fué mi enemiga quien gritó en la sombra  
durante mi muerte.  
Era el 18 de febrero de 1924  
y yo acababa de nacer.  
Porque yo acababa de nacer, una rosa  
se abrió en París, otra en Viena;  
pero una tercera no se abrió.